

CARABOBO

(NARRACION HISTORICA)

POR RICARDO J. ALFARO

(Viene del número anterior).

LA VÍSPERA DE LA BATALLA BOLÍVAR OPTIMISTA

EN la tarde del 23 de Junio el ejército libertador lleva a cabo una gran revista. Bolívar, inflamado de entusiasmo, arenga a los diferentes cuerpos y batallones. A cada uno le recuerda sus victorias. Para cada cual tiene la frase de fuego que refinará su pundonor y enardecerá su arrojo. Como César, como Napoleón, esgrime a maravilla el arma mágica de la elocuencia militar. A los de la Legión Británica les dice: «Mañana veréis que los colombianos son dignos de pelear al lado de los hijos de Albión». Después se dirige a todas las tropas. Concentra su pensamiento y su anhelo en una frase tan corta: «Mañana seréis invictos en Carabobo».

Durante todo el curso de la campaña Bolívar se había manifestado optimista. Tenía fe inquebrantable en el resultado final de sus planes. Si el efecto corresponde a la causa, la victoria no podía ser dudosa después de una campaña tan metódica, tan enérgica, tan bien concebida y desarrollada. Con fecha 6 de Mayo decía a don Guillermo White desde Barinas: «Todo conspira contra el enemigo y todo nos favorece. Sus tropas, aunque no son débiles en número, no tienen la fuerza moral que es la verdadera fuerza de un ejército». Más adelante afirmaba: «Solo un Ángel puede salir del laberinto en que está el General Latorre».

A don Fernando Pañalver le informaba desde Guanare once días más tarde: «Nuestra campaña va maravillosamente bien. Los enemigos no pueden ganar ni una escaramuza, sin embargo de que todas las que hemos tenido han sido contra fuerzas superiores». El 24 de Mayo, un mes antes de la batalla, decía al mismo: «Por acá va bien todo».

Una orden general del día 23 dispuso que todo el ejército vistiera sus mejores uniformes. Más que para una batalla parecía que aquel ejército se preparaba para una marcha triunfal.

Con la aurora del día 24 emprendieron la marcha las huestes republicanas. Bolívar ocupó las alturas de Buenavista que dominaban el desfiladero del mismo nombre. Allí almor-

zó el Libertador en compañía de algunos jefes y oficiales. En aquel almuerzo tuvo lugar una chanza macabra, una broma entre camaradas que fué lúgubre profecía. «La conversación,—refiere O'Leary—como sucede en tales casos, rodó sobre el éxito probable de la batalla que iba a librarse. Cedeño y Plaza no tomaban parte en la animada discusión, y habiéndolo observado uno de sus camaradas, le preguntó a Cedeño el motivo de su silencio.

—Estaba pensando, respondió, qué bonito muerto haría Plaza.

—Y yo, dijo Plaza, estaba reflexionando en cuál será la bárbara temeridad que le llevará a usted a su fin.

Antes de hundirse el sol en Occidente habían dejado de existir estos dos bizarros jefes».

EL CAMPO ENEMIGO

CUANDO se disiparon las brumas matinales se ofreció a la vista de los patriotas un espectáculo imponente. El ejército español, vestido todo de blanco, formaba alegre contraste con el verde rutilante de la llanura. Hacia el fondo, las tiendas de campaña, dispuestas con todas las reglas de la castamentación, daban al campamento realista el aspecto de un bajo relieve romano.

Latorre tenía formado su ejército en orden de batalla. Seis columnas de infantería y tres de caballería se escalonaban sobre la meseta de Carabobo en forma tal que podían auxiliarse mutuamente. Podían marchar en cualquiera dirección a disputar a los patriotas la entrada a la llanura. Veíanse

algunos oficiales que recorrían el campo al galope como portadores de órdenes. Otros dirigían sus catalejos contra los republicanos que avanzaban. Aquí y allá grupos de infantes y jinetes departían y gesticulaban. Otros reposaban sobre el césped.

Dominando el desfiladero había colocado Latorre cuatro piezas de artillería. Cubría su flanco derecho el batallón *Hostalrich*, de gran nombradía en el ejército expedicionario; el izquierdo, el del *Infante*. En el centro estaba el de *Barbastro*. Formaban en la reserva los batallones de *Burgos*, de *León* y de la *Reina*. A retaguardia, protegiendo el camino de Valencia a San Carlos, se encontraba el *Valencey*, que escribió en Carabobo una página inmortal. Había, además, mil jinetes montados en excelentes caballos y armados de carabina y lanza.

Si a las tropas de Latorre no les hubiera faltado la fuerza moral, bien hubiera podido él triunfar en Carabobo. Su posición era formidable; su pericia, reconocida; número, tenía el suficiente. Mas sus filas estaban minadas por dos elementos de muerte: la convicción anticipada de la derrota y la deserción. Morillo, perspicaz y astuto, había abandonado el mando a Latorre cuando vió que la deserción era incontenible entre los criollos y realistas. No quiso presenciar como Jefe la hora del desbarajuste final. Los golpes asestados por los patriotas desde 1819 y la doctrina republicana que cundía, habían obrado fatalmente en el ánimo de los criollos que formaban la espina dorsal de los ejércitos reales. Desertaban o se pasaban al campo republicano. Los mismos peninsulares peleaban sin entusiasmo verdadero. Se sostenían únicamente por el honor militar. Latorre era hombre de honor y por eso recogió valientemente el guante que le arrojó Bolívar. Su hoja de servicios revelaba merecimientos no comunes. Era de los heroicos defensores de Zaragoza. Había peleado en Gerona y se había distinguido en Torres-Vedras. En Salamanca tuvo mando importante en el ala derecha del ejército que derrotó al Duque de Ragusa en aquella magistral acción de guerra. Fué ascendido a Mariscal de Campo y coronó una gloriosa carrera en la Península contribuyendo en Vitoria al triunfo final que destruyó la dominación napoleónica en España. Era un buen capitán, pero mandaba un ejército sin cohesión condenado a quedar deshecho al recibir un golpe fuerte. Esto fué lo que comprendió Bolívar cuando se resolvió a atacarlo en Carabobo.

€ 500

mensuales regala entre sus clientes la

FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de € 50 c/u.

Si el número del ticket de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.